



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Título: *“Teclar la voz. Una pregunta por la voz en psicoanálisis”*

Modalidad: Ensayo

Autora: Florencia Manning

Legajo: M-5165/9

Docente responsable: Silvia Giani

Año 2020

A mi familia y especialmente a mis padres Aníbal y Rosa por su apoyo amoroso e incondicional. A los amigos siempre interlocutores. A quienes he encontrado como lo más valioso del paso por la universidad, compañeras y compañeros de quienes no dejo de aprender. Gracias Dante compañero de la vida por tu amor. Gracias a Silvia Giani por su generosidad, por compartirme unas hojas con un ganchito con un trozo de *phôné*.

Índice

Resumen y palabras clave	4
Introducción.....	5
Anna no duerme, jugar con nada.....	6
Residuos.....	6
No desarrollo.....	7
Lo que ordena es el vacío.....	8
La voz propiamente dicha.....	9
Narciso y Eco: Mirada y voz.....	9
De la esquizia.....	10
Voces: <i>lexis</i> y <i>phôné</i>	11
Volver.....	12
La reina angustia nunca sola.....	13
Menos goce, más deseo.....	14
Beatriz.....	15
¿Integrador final?.....	17
Referencias bibliográficas.....	19

Resumen: El presente escrito aborda el tema de la voz como herramienta de trabajo para el psicoanálisis. La indagación se da bajo la modalidad de ensayo donde la perspectiva teórica que prima es la del psicoanálisis teniendo como interlocutora a la filosofía.

Se abre una pregunta por la voz como objeto a en los términos que lo plantea Lacan. Como objeto separable, resto del devenir del sujeto en el campo del Otro y se configura la hipótesis que atraviesa el desarrollo: la voz del psicoanálisis es la voz no articulada, la que produce el timbre de voz y que Aristóteles refiere como *phôné*, aquella que se diferencia de la voz articulada (*lexis*).

La hipótesis se trabaja en el marco del problema filosófico de la distinción de los restos y los desechos, teniendo en cuenta que la pregunta por la voz está planteada desde las primeras elaboraciones psicoanalíticas de Freud en el marco de la angustia. Se concluye que la *phôné* marca la singularidad del tono de un sujeto y lo inscribe en un relato de tradición, así como también, permite sostener el interrogante por la voz del analista y su respectivo deseo que es planteado como deseo de separación.

Palabras clave: voz – objeto a – deseo - angustia

Introducción

Enunciación y escritura no se requieren mutuamente, más bien puede establecerse una diferencia. La distancia entre decir algo y poder escribirlo es un desafío que se sostiene en relación a cómo escribir un ensayo y en esta oportunidad se articula a la pregunta por la voz.

Los vínculos entre el decir como puesta en acto de la palabra y el escribir, tienen infinitas relaciones posibles. En su aludida diferencia, estas relaciones posibles generan puntos de encuentro que parecen acortar las distancias. Atravesando los tiempos en los cuales aplicaciones de bolsillo, esas que pueden descargarse en dispositivos móviles de los que se pegan al cuerpo, generan nuevos escenarios que hacen que esa distancia se vea al menos difusa. Dentro del catálogo móvil de aplicaciones de celulares aparece la función maravillosa, un pequeño mecanismo que le propone al usuario *teclear su voz*. Alguna escena medieval aparece como referencia, el señor habla a ávida voz mientras sus lacayos toman rápidamente nota.

Si el tema gira en torno a sostener una pregunta por la voz, el paso por la herramienta de bolsillo pareció ineludible, casi a modo experimental. Se puede transcribir con un nivel de precisión bajo y sin faltas de ortografía todas aquellas palabras que se enuncian mediante un micrófono convirtiéndolas prácticamente de manera instantánea en letra escrita haciendo que de repente la cualidad de la palabra y esa posibilidad de que corra y también desaparezca, deje su huella. El procedimiento no se da sin equívoco ni tropiezos. El terreno de la voz resulta efectivamente un campo de intereses múltiples y heterogéneos. Aun así, es llamativo el punto de encuentro que radica en el carácter separable de la voz. La voz puede grabarse y separarse del cuerpo. Probablemente es un tema que también les interese a los músicos.

Lo más llamativo de la aplicación se da al inicio de la experiencia, cuando puede apreciarse como Google parece comprender con precisión el carácter de la voz como objeto separable, tal como puede pensarse desde el psicoanálisis. Han armado cuestionarios y algoritmos en los cuales aceptamos los términos y condiciones para otorgar las grabaciones vía micrófono al google.doc a través de un *click*. La voz como usufructo y propiedad. ¿Qué circula en esos audios? ¿Afectos, sucesos, ideas, tesis doctorales, restos de qué? ¿Adónde van a parar? Se pone en juego la problemática del resto, lo residual.

Quedarse sin voz, que no salga la voz, que duela la voz, la voz de las sirenas, tiene la voz del sufrimiento, una voz quebrada, escuchar la voz interior, escuchar voces. Quizás estas referencias cotidianas sean la vía más contundente para el ingreso al interrogante principal. Si la voz y la mirada son una suerte de material de trabajo para la praxis psicoanalítica, ¿puede especificarse más el carácter de la voz? ¿Puede teclearse algo al respecto? ¿De qué se habla cuando se habla de voz?

A pesar de su vigencia, la pregunta no es nueva en el psicoanálisis. De hecho, puede afirmarse que ya estaba explícita e implícitamente en los inicios de los desarrollos de Freud, allí en Salpetriere. La voz comprometida en síntomas de los más diversos y trabajada cercana al concepto de la angustia. Pareciera no haber mascarada posible para disimular la angustia cuando la voz se pone en juego. Tal vez más que de voz, pueda hablarse de voces, y entre esas voces la voz de Freud abre la pregunta por su deseo, deseo del analista.

Anna no duerme, jugar con nada

Francia, instituciones cerradas, Salpetriere. Allí donde se encuentran las mujeres. ¿Qué dicen estas mujeres? Anna O., en la escritura de Breuer (1979), nos muestra un cuerpo que habla allí donde como figura en *Estudios sobre la Histeria*, ha habido una “desorganización funcional del lenguaje” (p. 50). Efectivamente en los orígenes, se arma un catálogo de síntomas como afonía, mutismo, asco, tos, tussis nerviosa donde puede recortarse el punto de partida: que la pregunta en torno a la voz ya estaba formulada.

“Solo en momentos de gran angustia el lenguaje se le denegaba por completo o mezclaba entre sí los más diversos idiomas” (Breuer y Freud, 1979, p. 50). La conjugación resulta al menos curiosa. *Se le denegaba*: Tercera persona del singular, pretérito imperfecto. Sin comprender exhaustivamente, remite a una fuerza externa. No es que no quería hablar, se trata más bien, de cierta coacción.

¿Qué función cumple este referido *se*? ¿A qué terceridad remite más allá de Anna y el susodicho lenguaje? Precipitadamente podría decirse a un Otro, así con mayúsculas. En el análisis sintáctico este *se* tiene un nombre y es el nombre de objeto indirecto. Por esta vía se introduce una palabra extrapolada de un campo al otro, el objeto al que no se puede acceder directamente. Abre la pregunta por el objeto *a*, en cuyo horizonte se sitúa la pregunta por la voz. Jugar con nada, dado que en definitiva siempre se trata de perderlo.

El interés a los fines de esta escritura radica en cierto eje de la temporalidad. Un interrogante que comienza con un cuándo. Esa denegación de la voz no era en cualquier momento, sino que era en los momentos de gran angustia.

Residuos

*La vida del psicoanalista no es color de rosa.
La comparación que puede hacerse entre
un analista y un basurero se justifica (Lacan, 1986, p. 47)*

La expresión de los analistas como basureros es abandonada por Lacan en el renglón siguiente pero el ejercicio de lectura interpela de cualquier modo para preguntarse por los restos y también por el lugar de los analistas al respecto. ¿Puede sintetizarse la posición del analista con aquella que recibe la basura de los otros, póngase el título de analizantes? No se justifica. La pregunta inicial tiene que ver con la pregunta por la basura. Pero, ¿es lo mismo resto que desecho?

Resulta que este último interrogante ha sido considerado en el plano de la filosofía y la política extensamente. Más que problemática del resto o economía del resto, Rinesi (2019) habla de lógica del resto. He aquí algunas de sus consideraciones:

La lógica de los restos de aquello que se ha perdido en el pasado pero que, sin embargo no deja de volver sobre nosotros, espectralmente diríamos, por ese agujero abierto en nuestra historia, en nuestras vidas y en nuestro lenguaje y nunca terminado de cerrar (p. 112).

El resto, en este sentido, tiene el carácter de no dejar de volver. Implica cierta idea de movimiento constante. El mismo autor plantea que el resto no resta, en el sentido de que produce siempre un excedente. Parte de una pregunta, ¿qué se hace con la basura en una ciudad como la de Buenos Aires? Parece que es todo un problema, no solo estructural y de limpieza, sino también de tinte filosófico.

Respecto a la lógica de los desechos Rinesi (2019) habla de hombres des-hechos. Puro pucho dice él, puro desecho, el sujeto des-hecho. El no-ha-lugar en las instituciones, el puro desecho es un sujeto que ya no lo es, el sujeto vuelto puro objeto, pura cosa, pura nada (p. 69).

Tomando estas escuetas apreciaciones del autor puede considerarse que pone en juego para pensar la vida política dos categorías que interesan al psicoanálisis y a estas

reflexiones en particular. En primer lugar, un modo de relación entre el sujeto y el objeto. El desecho pareciera tener que ver con un sujeto reducido a puro objeto, deshumanizado. Las experiencias más cruentas de nuestra historia han puesto esa modalidad en juego, una de sus expresiones son los centros clandestinos de detención, tortura y exterminio. Ahora bien, por la vía del resto, se puede abrir e introducir algunas consideraciones que permitan dar un paso más. Hay cierto objeto al que no se accede de manera directa, que escapa a lo cognoscible y que toma distancia del llamado objeto común, el objeto fenomenológico. Ese objeto puede ser nombrado como una letra, una notación algebraica, la *a*. Tiene el carácter de cierta caída, y su función principal es la de ser resto.

Si hay un resto es porque ha habido cierta operación en juego, una división, por ejemplo. El sujeto en su devenir en el campo del Otro ha de perder algo, objeto caído, objeto a. Se trata de perderlo, se decía más arriba.

Allouch (2010) plantea que el objeto a es un invento lacaniano que tiene fecha de invención, el 9 de enero de 1963 cuando Lacan está dictando su seminario sobre la angustia. Es interesante que en este Seminario a la pregunta por el psicoanálisis le viene de entrada una palabra adosada: erotología.

Yo no les desarrollo una psico-logía, un discurso sobre esa realidad irreal que se llama la psique, sino sobre una praxis que merece un nombre, erotología. Se trata del deseo. Y el afecto por el que nos vemos llevados, quizás a hacer surgir todo lo que este discurso comporta a título de consecuencia, no general sino universal, sobre la teoría de los afectos, es la angustia (Lacan, 2006, p. 23).

Efectivamente la praxis del psicoanálisis como práctica de deseo está atravesada por la problemática del objeto, y si hay alguna señal para atender es la de la angustia, como Anna O., ¡que no podía hablar en los momentos de gran angustia!

Rinesi (2019) introduce una conceptualización tanguera del resto. Plantea que en el tango hay repetición, pero no eternidad. Digamos que lo que se repite siempre introduce cierta diferencia. Su definición conlleva la nostalgia del tango, pero puede decirse que se está hablando de deseo.

El tango se ha ocupado de esta forma sutil de la tragedia que es la tragedia del paso del tiempo. Porque el tema del tango, en efecto, es precisamente la repetición, la vuelta, pero también la constatación de que entre la experiencia y la repetición, entre, para decirlo manifiestamente, la ida y la vuelta, hay siempre algo que se ha perdido de modo irremediable (...) se vuelve pero con la frente marchita (Rinesi, 2019, p. 70).

Como bien dijo Gardel y supo poner su voz que resuena a modo de eco hasta la actualidad. Esta pérdida irremediable tiene mucho que ver con el objeto a.

No desarrollo

¿Qué es una línea sino una sucesión de puntos? ¿Una línea es siempre línea de tiempo? ¿De qué temporalidad se habla cuando se trata del sujeto? Con Freud y más allá de él, hay una línea trazada de modo contundente que tiene su origen aproximadamente en el año 1905 en los escritos de *Tres Ensayos para una Teoría Sexual*. Donde su primer corte se da allí cuando nace un niño al que podemos llamar perverso polimorfo, pre-objetal por qué no, y que a medida que avanza, porque de eso se trata, va atravesando distintas fases, oral, anal y finalmente, la genital allí donde puede alcanzarse la sexualidad normal o bien sufrir sus accidentes.

Esta idea, aporta la sensación de cierta armonía y estabilidad. También trata de puntos de llegada. Un jolgorio psicológico. Pero claro, ante la pregunta por el sujeto, la respuesta se encuentra más cerca de lo que cojea que de la llamada armonía. Dificultoso es el reflejo en cualquier idea de desarrollo en fases ascendentes. Más bien es oportuno cierto tiempo de contingencia, eso que puede o no suceder.

La pregunta que atraviesa la cuestión no es para nada nueva: ¿Cómo deviene el sujeto en el campo del Otro? De eso se trata, de este encuentro S-A, sujeto-Otro. Pero, ¿qué lugar tiene ahí el objeto? La voz como un objeto como resto de una operación de sujeto y también como causa, causa de deseo. Al hablar de resto lo que entra en juego como residuo pero también como causa tiene que ver con el cuerpo. Ahora bien, ese cuerpo no podemos conformarnos con pensarlo como unidad, como construcción imaginaria. La

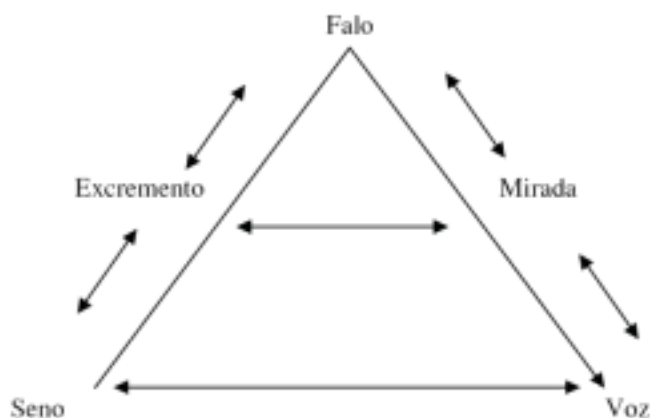
parte.

La parte de nosotros que está atrapada en la máquina y que es irrecuperable por siempre jamás. Objeto perdido en los distintos niveles de la experiencia corporal donde se produce su corte, él es el soporte, el sustrato auténtico, de toda función de la causa. (Lacan, 2006, p. 233).

El objeto a no es el mismo que el objeto común con sus cualidades extensas de ocupar un lugar en el espacio y en el tiempo, ese que un sujeto tiene por delante y quiere conocer, incluso reconocer a veces, mediante teorías de conocimiento. El objeto a, está detrás, caído y la palabra corte le viene bien.

Lo que ordena es el vacío

No se trata de tirar las líneas de tiempo por la ventana sino de sostener algunos interrogantes. El destino de la sexualidad normal es insuficiente porque tal vez no se trate de sexualidad sino de deseo, erotología. La pregunta por como un sujeto organiza su erótica, encuentra su respuesta en el Grafo de las formas estadísticas del objeto (Lacan, 2006, p. 317). El trabajo en torno a el catálogo de los a.



El presente grafo (Allouch, 2009, p. 174) condensa el amor y la muerte. Hay quienes dirían que le falta la locura. Al objeto oral, anal y fálico se les incorporan la mirada y la voz y he aquí la novedad. Su recorrido ya no es una línea recta sino un vector curvo que en su ascender y descender deja entrever múltiples relaciones entre ellos. No hay desarrollo libidinal pero sí hay objetos y no son cualquiera. Tienen sus cualidades.

Hacia la cima el falo, casi que no podría ser de otra manera. Lo llamativo es que, como operador de cierta organización de la economía libidinal, su notación es en negativo, tiene un signo menos delante (menos phi). Es decir que juega su papel allí donde hace vacío, no por su presencia.

Como paradigma, el objeto anal cuyo carácter principal es ser cesible. Ceder el objeto dado que tiene la cualidad de separarse del cuerpo. Característica presente en todos los niveles del objeto. El objeto a es un objeto cesible, hay que ceder. Es el primer objeto demandado por el Otro (distinto del objeto oral que se le demanda al Otro). Cesible implica que tenga que ser soltado, y a la vez supone un punto de separación respecto del cuerpo.

Si fuera importante, puede decirse que en el grafo que condensa amor y muerte, de todos los objetos, el objeto voz se encuentra al final del vector y abajo. Ese lugar no es cualquiera sino que es el más cercano al deseo. Quizás por eso tanto interés.

La voz propiamente dicha

Referencias a gran escala por doquier se encuentran en la bibliografía psicoanalítica alrededor del eje voz. Shofar, Buda, Yahvé, Dios (Lacan, 2006). La mirada va hacia arriba como si los cielos tuvieran la respuesta. Algo enorme. Quizás el enorme movimiento tiene que ver con el abordaje de aquello con lo que cuenta el psicoanálisis para ponerse a trabajar. Sí, trabajar. Algo que pareciera estar en los fundamentos de la praxis. Los materiales, la arcilla del alfarero. En Freud las histéricas ya daban cuenta de una pregunta por la voz, *talking cure*.

Es entonces que puede pensarse que las referencias a gran escala son para dar cuenta de una escena que no es cualquiera sino que es la escena analítica, aquella en la cual el psicoanálisis se funda como una praxis erotológica. Hay voz, mirada, cuerpo, hay también una teoría. Hay alguien que habla.

La voz que resuena en el vacío del Otro suscita la pregunta por ese aparato en el cual resuena. Dos aparatos fundamentales, el oído y el shofar.

El shofar es un cuerno, un cuerno de macho cabrío, lo usan los judíos en el día del perdón. Dicen que cuando suena, emite un sonido que resulta ser la propia voz de Dios. Casi que el objeto a ha encontrado su sustento material. Lacan (2006) describe sus sonidos con un “carácter profundamente conmovedor e inquietante (...) surge una emoción nada habitual por las vías misteriosas del afecto propiamente auricular que no pueden dejar de conmover, en un grado verdaderamente insólito; a todos aquellos que se ponen al alcance de oírlos” (p. 266).

Como maquinaria extremadamente compleja está el oído. Oído externo, medio, interno, martillo, yunque, estibo, cóclea. Las fallas posibles son de índole diversa y múltiple. El oído es el único de los agujeros del cuerpo que no se cierra, no tiene esfínter. Explicarlo es un poco enloquecedor. La metáfora siempre es mejor, el oído no tiene párpados.

La voz es lo que materializa la indeterminación del sujeto precisamente porque permanece en el exterior, porque no es asimilada pero si obra como obturación, como cierre. *Y un cierre que es tanto más preciso cuanto que* -Lacan también vuelve a subrayar esto- *hay algo incerrable a nivel de la voz. ¿Y qué es lo incerrable? Las orejas.* (Kuri y Ritvo, 1997, p. 165) (Las cursivas son de los autores).

La complejidad anatómica del oído no alcanza para responder a la pregunta por la angustia, pero algo de este aparato del cuerpo se pone en juego.

Narciso y Eco: Mirada y voz

En las elaboraciones freudianas a propósito del complejo de Edipo aparece una expresión inolvidable, “espíar con las orejas”. Espíar remite en su primera impresión a la mirada: mirar, asechar, observar o indagar. Marca cierta lejanía con eso que se observa que reviste la noción de secreto. El uso de tal expresión, espíar con las orejas, manifiesta como puede conectarse el campo de los sonidos con el de las imágenes. Este vínculo estrecho entre la voz y la mirada es intrínseco a la escena analítica y se expresa en diferentes momentos. No solo se puede espíar con este aparato de recepción de voz que son los oídos, también puede decirse, se pueden escuchar las imágenes.

Al decir que en un psicoanálisis hay un trabajo que se realiza con la voz y la mirada como arcilla, puede pensarse en la situación de entrevista preliminar y el lugar de la mirada, frente a frente y las posibles implicancias que puede tener el movimiento de recostarse en un diván donde lo que se ve ya no son los ojos, postura, movimientos, muecas y ropas del analista sino que aparecen las imágenes, esas que como regla fundamental hay que

poder poner en palabras, decir lo primero que se ve. Del analista, hablando desde esta perspectiva, queda la voz, la más cercana al deseo.

De alguna manera, las referencias mitológicas aportan a pensar que la voz y la mirada suelen ser parte de la misma historia, como si fueran indisociables. Narciso destinado por las maldiciones de Tiresias a morir capturado por su propia imagen en el espejo. La ninfa Eco, se ha enamorado de él pero también ha sido presa de maldiciones trágicas. Más allá de las diversas versiones de mito, Eco ha sido condenada a repetir las últimas frases de sus interlocutores. Resulta curioso. Su voz queda reducida a la mera reproducción de aquello que viene del Otro. Eco no puede decir a cuenta propia.

Eco desaparece para dejar su lugar a Narciso y su tragedia, reaparecerá, en los últimos momentos de su gran amor: “Adiós!”; exclama Narciso a sí mismo, vencido por su amor imposible por el objeto del espejo. [Pura mirada podría decirse] “Adiós!”, replica Eco. Réplica que es la verdadera última palabra, suprema (in)comunicación en el umbral de la muerte: así como Narciso sigue mirándose en las aguas de la Estigia, así ella repite los “gemidos” de las Dríadas que constituyen su cortejo hasta la muerte. En síntesis, Eco no es otra que la voz inmortal, lo que queda eternamente de un “objeto” que sobrevive al desvanecimiento del sujeto y del otro (Assoun, 1997, p. 212) (Las comillas son del autor).

Parece que en Eco hay otro modo de situar esta pregunta por la voz como objeto. De esta historia de dos, Narciso y Eco surge la pregunta de por qué ha prevalecido y resaltado al menos desde el sentido común el relato y destino de Narciso, y que ha pasado con la voz de Eco en el camino.

Porge (2019) sitúa que esta historia es una historia de amor, pero un amor que no es compartido y escribe al respecto:

Con Eco hay una duplicación de la voz de Narciso; con el espejo del agua hay una duplicación de la imagen. No se trata de las mismas duplicaciones. Se conjugan, pero no son equivalentes. Una tiene que ver con la imagen, la apariencia; la otra con el sonido, el habla. Una es totalizante (la imagen de un conjunto); la otra es parcializante (el eco de una parte de las palabras) (p. 103).

Su consideración da cuenta de que en esta historia de dos en que voz y mirada se encuentran desde antaño en la misma escena tiene que ver con registros diferentes. De la voz se resalta el carácter de parcialidad y una parte del todo, carácter muy importante para la pregunta que atraviesa este desarrollo. Porge plantea también que si Narciso se acerca a su imagen, Eco en cambio, se aleja del sonido emitido. Quizás en esta línea de pensamiento pueda esbozarse una idea sobre porqué siempre ha sido Narciso el protagonista más protagónico de esta historia de dos, con un(a) Eco que se escapa.

De la esquizia

Esos comienzos con un *de* y un *la* tienen cierta remisión a tratados. En este caso más que un tratado se abre un interrogante. La palabra esquizia que trae a cuenta algunas parientes como esquizoide. Clásicamente la esquizia entre el ojo y la mirada. Puede situarse como el problema de no poder ver la propia mirada porque claro, solo vemos nuestra mirada en el reflejo de los otros. Este tema lleva de forma rápida a la pregunta por la angustia. La angustia no se reduce a la capacidad de mutilación del cuerpo, incluso el propio, la posibilidad que tiene Edipo de arrancarse los ojos. La angustia está en el plano de no poder ver los propios ojos arrancados y rodando por el piso (Lacan, 2006).

Por la vía del desplazamiento se abre el interrogante de si esta esquizia de mirada puede considerarse respecto al objeto voz. Una esquizia de la propia voz. “Por qué soy sordo a

mi voz” (Lyotard, 2010, p. 144). Los oídos siempre abiertos, algo resuena en el cuerpo propio cada vez que flexionan las palabras, el cuerpo como caja de resonancia. Aun así se produce una distancia, esa en la cual la propia voz se vuelve extraña y a veces irreconocible. Que luego de la grabación de la voz hay ciertas ganas de escucharla, con

10

una curiosidad que tiene cuota de desconocimiento y ajenidad, extrañeza. Esa voz que una vez que se separa del cuerpo, a modo de corte ya se pierde.

En un análisis eso está en juego. Diga lo primero que se le venga a la mente. ¿Eso dije? Por la vía de la libre asociación y la pregunta o intervención del analista, se abre el extrañamiento de lo propio, a veces con tinte sorpresivo.

La voz no es especular, no tiene representación y está separada de su representación sonora, de su eco. En el estadio del espejo, la mirada se desconecta de la visión; y en el estadio del eco, la voz se desconecta del eco sonoro (Porge, 2019, p. 100).

Ahora bien, estas últimas consideraciones aportan a especificar la pregunta, ¿de qué voz se trata?

Voces: *lexis* y *phôné*

Una de las referencias más contundentes para abordar el objeto voz tiene que ver con su carácter no fonematizable.

Lo que constituye el soporte del *a* debe distinguirse bien de la fonemización. La lingüística nos ha habituado a percibir que no hay más que sistema de oposiciones, con las posibilidades que esto introduce de sustituciones y de desplazamiento, de metáforas y metonimias (...) Cuando algo de este sistema pasa a una emisión, se trata de una dimensión nueva, aislada, de una dimensión en sí, la dimensión propiamente vocal (Lacan, 2006, p. 270).

¿Cómo abrir esta idea? ¿Puede recortarse un concepto de voz propiamente psicoanalítico? ¿Cuál es la voz del psicoanálisis si es que existe tal cosa? Lyotard trabaja con dos conceptos aristotélicos que resultan pertinentes. Retomarlos invita a hablar ya no de la voz sino más bien de voces en plural. De estas voces al menos dos resultan imprescindibles: la *lexis* y la *phôné*. La hipótesis en juego a continuación es que la *phôné* aristotélica puede considerarse como la propia del interés del psicoanálisis. Sin perder de vista que esta *phôné* es parte de la arcilla del alfarero, material de trabajo.

La distinción entre *lexis* y *phôné* puede sintetizarse de modo: que la primera, es la voz articulada, y la segunda, es aquella no articulada. Simple. La *lexis* en un esquema clásico de la comunicación donde unidades mínimas de sonidos se combinan en unidades superiores como fonemas y morfemas. “Va de un destinador a un destinatario y transmite a este último una significación sobre aquello a lo cual ella se refiere. *Articuli*, pequeños miembros carentes por sí de significación juntados convencionalmente para formar palabras” (Lyotard, 2010, p. 133).

Articulaciones y tipos de palabras, verbos, sustantivos, adjetivos, conjugaciones. ¿Habría que estudiar gramática si se trabaja con la voz? Probablemente no sería la vía más fructífera y habría que preguntarse cuáles son los puntos en los que el psicoanálisis se aleja de la lingüística.

Lyotard (2010) se pregunta si existiría un grado cero, un estado “simple y propio” de la voz. Una voz átona, desprovista de entonación, que se dispara detrás de lo que dice, que no dejara traslucir los sentimientos del locutor y se limitara a transmitir el mensaje al alocutario de modo que lo reciba sin error. Algo así como una voz netamente maquina. La respuesta es negativa, esa voz es ella misma un caso, el tono nulo, es todavía un tono.

Esa es la vía para pensar la *phôné*, la pregunta por el tono. Ahí donde el DSM, el *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales*, habla de estereotipia o voz estereotipada, ¿no hay tono? Siempre hay tono, incluso en el silencio. Estas voces, *lexis* y *phôné* no pueden pensarse abstractamente por fuera de su necesaria inmixción. *Lexis* y *phôné* se requieren mutuamente aun en las expresiones más átonas. La *phôné* no se deja flexionar, no tiene que ver con convenciones ni es arbitraria, como sí lo es la estructura de la lengua. Pero, ¿en qué se diferencia de un ruido? ¿Es un sonido? Es un signo, es una señal, como la señal del shofar. No es un nombre puesto en lugar de

11

una cosa, *onoma*. Es una voz porque forma sentido. Y por esta vía hay que profundizar. En su articulación con la *lexis*, la *phôné* es formadora de sentido.

“La *phôné* es el afecto en cuanto este es la señal de sí mismo” (Lyotard, 2010, p. 136). La *phôné* es el afecto. Si hay un afecto del cual no dudar ha de ser la angustia. La misma por cuyo borde es necesario mantenerse para abordar ese resto que causa el deseo; puede considerarse con estas elucidaciones a la *phôné* como la voz propia de la angustia.

La *phôné* no tiene historia al modo de la *lexis*, que articula relatos, cuentos y argumentaciones. De todos modos, también transita a través de las generaciones. La precisión de Lyotard no escatima en hermosura: *tradición inoída*. Puede sostenerse que hay transmisión de la *phôné*, afecto, tono, que timbra la voz de una manera única. Como si trascendiera lo que se oye. Una voz chillona, una modalidad de silencio, un hablar a los gritos, un sonido afónico que salga de la garganta. Una inscripción singular que configura lo más propio del sujeto en la medida que lo inscribe en un relato, por qué no, tradición. La voz como objeto en su vínculo de lo más cercano al deseo del Otro.

Volver

En las vías de atribuir a la voz como objeto como el más cercano al deseo continúa el interrogante de estas voces en plural, más que de voz. Dentro de la consideración de estas voces, y más allá de las conceptualizaciones en torno al catálogo de los objetos a, puede abrirse la pregunta por la voz en Freud, al menos para dejarla planteada.

Freud escucha con la misma oreja un fantasma, un sueño, un recuerdo. Todos estos pedazos de narración, estos rushes, estas caídas (estos casos) no tienen importancia sino porque su llegada a la escena analítica permite a la voz afectual, hacerse oír, *dentro* de la voz narrativa, y oír *de* aquel, el narrador que no la oía. Esta debería ser la verdadera fuerza de lo narrativo, su arte, su dirección: que el da a la *phôné* ocasión de dirigirse (Lyotard, 2010, p. 151).

Puede afirmarse que el llamado aquí trabajo en el análisis no solo pone en juego la inmixción necesaria entre la voz articulada y no articulada sino también, aquellas, las orejas del analista, en este caso de Freud y la pregunta es por su deseo, que a modo de concepto puede teclearse, deseo del analista. La voz caída, ella misma un caso. En este punto la pregunta es por la voz caída del analista.

Para continuar en el borde del tango, o con mayor precisión, de la angustia, una vez más, volver.

La angustia, pues, se constituye y toma un lugar en una relación que se instituye más allá del vacío de un primer tiempo, si puedo expresarme así de la castración. Por eso el sujeto solo tiene un deseo en lo que a esta castración primera se refiere, volver a ella. (Lacan, 2006, p. 224).

Queda situada la idea de que el sujeto respecto a la castración no desearía más que volver a ella. Y en este marco puede situarse el deseo del analista como deseo de

separación, en definitiva, de castración. ¿Por qué la castración sería deseable? Esta castración está planteada más allá de la roca viva, es decir, que no tiene que ver con la amenaza de corte porque más que amenaza se habla de deseo. Ante la amenaza el sujeto no tendría más que defenderse. Porque si no vuelvo a la castración primordial, tengo Otro aplastante, pesadillezco, siniestro, encima.

Una cosa es que por la vía del Otro obture el lugar de la falta para defenderme del deseo. Y otra cosa, es que en vez de obturar ese lugar desee sostenerlo en relación a una falta. Es lo que va a formular como la función propia del análisis. El análisis consiste en lograr colocar al objeto, como ese resto irreductible a la maquinaria formal que determina al sujeto, colocarlo en el campo del Otro. Y esto es la transferencia. No es amarlo, sino poder colocar ese resto

12

irreductible del objeto en el campo del otro, colocarlo en una conjunción de paz con el Otro. (D. Coirini, comunicación personal, 24 de septiembre, 2013).

La reina angustia nunca sola

La reina angustia, de la que dicen, es ella toda señal; es reina no de cualquier mundo sino del mundo de los afectos. Ha decidido no pasar nunca desapercibida y hacerse siempre señal, señal en lo real. La reina angustia nunca está sola. Siempre acompañada de su amado el deseo en un paradójico encuentro desencontrado. Dicen que los fines de semana más allá de los protocolos de bioseguridad, se encuentran con sus amigos Eco y Narciso, con quienes es difícil conversar. Más bien saben que el malentendido es parte inherente a la conversación.

Claro que ni angustia ni deseo son sustancia como para encontrarlos por ahí, pero sí que a veces reinan en el cuerpo de un sujeto y también en su voz.

“Toda escritura es esta difícil prueba de dar, mediante la *lexis* articulada, testimonio de la *phôné* inflexible” (Lyotard, 2010, p. 145). Ha quedado a las claras que la pregunta por la voz se responde por la vía de los afectos y la voz no articulada, la *phôné*, pero eso no agota el tema para nada.

Esta referencia en torno a la voz y la difícil tarea de flexionar la inflexionable *phôné*, invita a pensar en la angustia y el deseo. Algo así como: mediante el deseo articulado puede darse testimonio de la angustia inflexible. Tal vez sea un poco arbitrario escrito de este modo. El ejercicio de lectura, si es que también de eso se trata la escritura, apunta a pensar que es muy complejo pensar en una angustia a secas, sola en el mundo, así como no puede pensarse cierta *phôné* aislada. La angustia se anuda siempre y su tiempo tiene que ver con cierto a posteriori de la lectura.

Hablar de angustia implica desde la lectura de Lacan (2006) la consideración del objeto a. La angustia “*no es sin objeto*” (p. 101). Posición que pone en cuestión la máxima de que la angustia sería un temor sin objeto al cual vincular. Pero, ¿a qué remite la idea de la reina angustia siempre señal?

Aunque el yo sea el lugar de la señal, no es para el yo para quien se da la señal. Es muy evidente. Si se enciende en el yo, es para que el sujeto sea advertido de algo, a saber, de un deseo, o sea, de una demanda que no concierne a ninguna necesidad, que no concierne más que a mi propio ser, es decir que me pone en cuestión. Digamos que me anula. En principio, no se dirige a mí en cuanto presente, se dirige a mí, si ustedes quieren, como esperado y, mucho más todavía, como perdido. Solicita mi pérdida para que el Otro se encuentre en ella. Es esto la angustia (Lacan, 2006, p. 167).

La idea de señal de angustia excede al yo porque es también señal de deseo. Es para resaltar que esta señal ponga en cuestión al sujeto al punto de que sea posible anularlo. Lacan (2006) en este tiempo, va a situar a la angustia en un momento lógicamente

anterior al tiempo del deseo pero esa anterioridad lógica no implica su posible escansión, ni siquiera su localización a secas.

Volvamos al punto de angustia y al punto de deseo. ¿Dónde localizarlos? Bueno, lo que dijimos del acto como instante vacío algo puede decirnos, porque el punto de angustia es evanescente, no es un lugar de mediación, y menos aún de intermediario, es un lugar del medio –como dice Lacan-, pero del medio vacío; en el sentido de que se pasa por ahí, nadie puede *estar en* la angustia, cuando se empieza a hablar *de la* angustia (y esto es una experiencia universal) es porque lo desligado de la angustia a nivel del afecto se vuelve a ligar, por eso nos resulta tan difícil e inasible el tema de la angustia (...) (Kuri, Ritvo, 1997, p. 109).

Menos goce, mas deseo

La profundización en una consideración de la voz como no fonematizable ha llevado a afirmar de modo pasajero que hay puntos donde el psicoanálisis ha de distanciarse deliberativamente de la lingüística. Lingüística con la cual ha dialogado y en la cual se ha apoyado para poder elaborar el llamado registro simbólico así como también un concepto que aquí no ha sido más que nombrado que es el Otro así, con mayúsculas, fundamental para sostener una pregunta por el sujeto. Resulta que la acción de deliberación porta en su composición a la palabra liberación, que invita a pensar en que aspectos resulta liberador poder ir más allá de la lingüística o como le dice Lacan, la lingüistería.

La idea de Otro como tesoro de los significantes tiene sus efectos por doquier. Por un lado, efecto de sujeto. Plantea Lacan respecto al cogito cartesiano y lo inconsciente:

Como hoy ando dándole vueltas a lo del inconsciente estructurado como un lenguaje, sépase: esta fórmula cambia totalmente la función del sujeto como existente. El sujeto no es el que piensa. El sujeto es propiamente aquel a quien comprometemos, no a decirlo todo, que es lo que decimos para complacerlo –no a decirlo todo- sino a decir necesidades, ahí está el asunto (Lacan, 2019, p. 31).

Por su puesto que los efectos también inciden en la praxis. Podría pensarse al psicoanalista ya no como quien junta la basura sino como pescador o pescadora. A la pesca de un resto de palabra, un equívoco, lapsus, una condensación en un sueño o un nombre propio en los devenires de la asociación libre. Para eso se necesitan unos oídos dispuestos a escuchar, una caña de pescar y la carnada.

La lingüística no solo distinguió uno del otro el significante y el significado. Si algo puede introducirnos en la dimensión de lo escrito como tal, es el percatarnos de que el significado no tiene nada que ver con los oídos, sino con la lectura, la lectura de lo que uno escucha de significante. El significado no es lo que se escucha. Lo que se escucha es el significante. El significado es el efecto del significante (Lacan, 2019, p. 45).

Claro que el problema es que bajo esta modalidad de pesca se estaría perdiendo de vista la dimensión erótica del psicoanálisis como praxis de deseo. Si en este ensayo hay un grafo situado más o menos desde los comienzos del desarrollo es justamente para no olvidar esta dimensión y la economía de deseo que implican que allí estén el seno, el escíbalo, el falo, la mirada y finalmente, la voz. Intento de que una línea y cinco puntos dieran cierta consistencia a la pérdida.

Para pensar este distanciamiento no hay que olvidar que la lectura se ha enmarcado en

el borde de la angustia en cuanto tal. Miller (2018) plantea que lo que él denomina “la angustia lacaniana, es una vía de acceso al objeto al objeto a minúscula. Se concibe como la vía de acceso a aquello que no es significativo” (p. 18). La delicadeza de tratamiento del objeto a tiene que ver con esa inaccesibilidad mediante la vía del significativo que suscita en cuanto que resto.

Nos desplazamos en un campo donde la adecuación de los nombres con las cosas no está dada, en la falla misma entre lo imaginario y lo real (...) No se dejen sugerir por la imagen ni adormecer por el significativo en juego en la palabra (Miller, 2018, p. 22).

Quizás sea una picardía situar una palabra como la de goce hacia al final de este escrito donde el lugar que le queda es escaso. Y para colmo a título de “menos goce más deseo” de modo tal, que se confunde con proclama extraña de algún producto que sea vendible para una audiencia que tampoco es claro cuál es o quizás con un libro de autoayuda. Ahora bien, la distancia deliberada de la lingüística introduce necesariamente esta palabra, goce. Introduce también en este marco, al cuerpo. Puede afirmarse que ese cuerpo es caja de resonancia de la voz, por qué no. Y si más arriba quedaba el planteo de poner al objeto a en un análisis en conjunción de paz con el Otro, tal vez tenga que

14

ver con *más deseo*. Ritvo (1997) plantea algo interesante, “ustedes saben que la mejor metáfora del goce es la ausencia de movimiento” (p. 93). El goce pensado como quietud. Este planteo cobra distancia de la dimensión del deseo como movimiento incesante, que vuelve, volver. Siempre y cuando pueda tenerse en cuenta al objeto funcionando como resto. Tal vez unos signos de interrogación aporten para la síntesis de una de las preguntas que se ha ido configurando a un costado de la pregunta por los objetos y angustia por doquier: ¿Menos goce, más deseo?

Beatriz

*Hay que abrir de par en par las ventanas y tirar todo a la calle,
pero sobre todo hay que tirar también la ventana,
y nosotros con ella. (Cortázar, 2006, p. 707).*

Leía en el diario a alguien que decía que un libro puede cambiar a una persona para siempre. Vaya cuestión. Recordaba una cita de Cortázar que hace más o menos quince años que recuerdo sin saber bien por qué y me invitó en una biblioteca, al mundo de los libros. Esta idea de tirar todo por la ventana y nosotros con ella siempre me hizo pensar en la posibilidad de crear algo completamente nuevo. No solo esos objetos que a modo de imagen caen sino, caer también y que caigan los marcos. Me preguntaba por qué se recuerda lo que se recuerda y qué olvidos quedan articulados y volví a la cita una vez más. Descubrí que tras el punto, ese que prosigue al *y nosotros con ella*, el autor escribe: “Es la muerte o salir volando” (Cortázar, 2006, p. 707). Pensaba que esta cita siempre ha significado para mí cierta definición de libertad, salir volando. Ahora veo esta parte escindida, muerte.

Me pregunto en este punto si muerte y duelo van siempre juntos. Yendo hacia el final de estas líneas puede escribirse que el problema de la pérdida de objeto, objeto a, es un problema que entra en una categoría que hasta el momento no ha sido mencionada y es la de duelo.

Por nuestra parte, el trabajo del duelo se nos revela, bajo una luz al mismo tiempo idéntica y contraria, como un trabajo destinado a mantener y sostener todos esos vínculos de detalle, en efecto, con el fin de restaurar el vínculo con el verdadero objeto de la relación, el objeto enmascarado, el objeto a- al que, a continuación, se le podrá dar un sustituto, que no tendrá

mayor alcance, a fin de cuentas, que aquel que ocupó primero su lugar (Lacan, 2006, p. 362).

El tema del duelo siempre ha puesto en cuestión aquello que amamos y una vez más, amor y muerte se encuentran: *amorir*. La muerte fue mirada durante este ensayo solo de reojo y viene a colación el problema de la escritura de la muerte. Al inicio fue un problema o una dificultad escribir y su compleja distancia con esa práctica indispensable para el análisis, la de hablar.

Por la vía de la posible distinción entre restos y desechos recordaba que los mecanismos más cruentos de nuestra historia han pretendido hacer de una generación y sus ideas, puro pucho, puro desecho y puro objeto y ya no más, por añadidura, sujetos. Pero la pretendida noción de resto para el objeto a, es la de un resto que no resta. En el sentido de no restar, no puedo dejar de introducir algunos elementos a cuenta propia, a ávida voz, y en primera persona en el final de los finales. A sabiendas que la pregunta por la voz indispensable para este breve recorrido, ha atravesado distintos momentos. La pregunta inicial, sus respectivas páginas, y argumentos, aquellos que han dado el puntapié al presente ensayo, han sido aquí elididos, guardados y archivados en un pasado que tiene perspectiva de futuro. En este marco de voces debo decir que al inicio del proceso de escritura me pregunté por la voz de Beatriz Perosio, aquella que en plena dictadura militar fue la primera presidenta de la Federación que nucleó a los psicólogos en Argentina, la FePRA. Quise encontrarla en su escritura, me preocupé por su posible iconización que la reduzca a una imagen que borre totalmente su voz. Quise encontrar su voz en lo que quedo de su escritura y que la historia se encargó de intentar borrar. Me

15

preguntaba por su singularidad. Perosio tenía apenas 30 años cuando la desaparecieron. Perosio cuestionaba con una voz muy fuerte cómo es posible pensar en la salud en los marcos de lo que en ese momento empezaba a caracterizarse como capitalismo dependiente en Argentina.

Me di cuenta que de la pregunta por la voz de Beatriz Perosio empecé a preguntarme por la voz a secas. Cierta discontinuidad que cobra todo su sentido porque esta escritura también me reencuentra con una pregunta por mi voz. “Toda escritura es esta difícil prueba de dar, mediante la *lexis* articulada, testimonio de la *phôné* inflexible” (Lyotard, 2010, p. 145). Como una cadena de continuos desplazamientos, como si fuera posible teclear algo sobre el deseo.

He considerado si el ensayar escribir sobre la voz de Beatriz no toma un estatuto de apartado extra, aparte, otra parte. Me preguntaba por qué tanta necesidad de reescribir, repetir, reelaborar y recordar, lugares por dónde ya he pasado una y otra vez siempre con algo nuevo. Me preguntaba si este ensayo se me ha ido de las manos, se me ha caído. Tal vez sea la insistente sensación que proclama en la historia de siglos y siglos de occidente, tal como Gusmán (2018) retoma de los griegos, el derecho a una muerte escrita. Un derecho ciudadano de acceder a los datos de filiación y el lugar de la muerte en un epitafio. Con los ojos puestos en la historia reciente me pregunto por todos esos detenidos desaparecidos en Argentina, treinta mil, que no han tenido epitafio. Si esta escritura no ha tenido lugar es probable que no deje de insistir, volver. Gusmán (2018) recuerda los epitafios post dictadura en la década de los ochenta que salen en los diarios y los analiza. Son todos intentos de escribir la muerte. De todos estos tengo mi preferido: “hasta la victoria siempre” (p. 365).

Tema de más de un coloquio, la relación entre escritura y muerte pasa aquí a un primer plano. Los que sostienen esta teoría de la escritura de la elaboración del duelo consideran que la escritura puede concebirse como la prolongación de la sepultura- el primer gesto que acompaña a la celebración de los funerales y le da una simbolización a la muerte. El libro tumba juega perfectamente el rol de un epitafio. Si la tumba avanza hacia la destrucción, el libro conserva el lugar de la memoria (Gusmán, 2018, p. 357).

Tal vez este apartado este demasiado apartado de este recorrido que termina, o cobre el riesgo de ser un paréntesis, quizás una futura introducción de líneas pendientes. Es posible, separado. Como el objeto a, separable. *Separado*: separado y partido como vía de acceso al deseo. “La *separtición* fundamental- no separación, sino partición en el interior-, he aquí lo que está inscrito desde el origen, y desde el nivel de la pulsión oral, en aquello que será la estructuración del deseo” (Lacan, 2006, p. 256).

¿Integrador Final?

Hablar de la voz como herramienta de trabajo a lo largo de este ensayo no ha sido cosa del azar ni producto de las casualidades. Herramienta da la sensación de un objeto que podemos colocar en una caja y cerrarlo. No es para contribuir a posibles confusiones conceptuales. Efectivamente considero que la voz se pega al deseo y como tal tiene todo de pérdida. Lo que quiero destacar es el carácter de trabajo. Porque con tanto deseo de aquí y allá se corre el riesgo de aportar a la idea de que aquellos habilitados, ya sea por un título habilitante o lo que venga a ese lugar, quedaran exentos de ese terreno. Como si hablar de deseo del analista y de trabajo cobrara un antagonismo que no pareciera ser tal.

Escuchaba en este proceso de escritura que el concepto de objeto a era un concepto oscuro. Me quedo pensando. Oscuro parece el horizonte del egreso, ese de matrículas, arte de curar y monotributos. Me acuerdo de Perosis que quería que las psicólogas y los psicólogos se junten en uno de los momentos más duros de nuestra historia reciente. Y miro a mi alrededor y me pregunto por la vigencia de sus ideas.

El viejo Freud respondía por la pregunta por la salud, amar y trabajar. Tal vez la idea de trabajo pueda abrirse mucho más que lo que se ha expuesto en estas pocas líneas. Pero estoy segura que para que un análisis sea posible hay que trabajar y la voz se gana una parte.

La que se gana la parte no es cualquier voz. Quedarse sin voz, que no salga la voz, que duela la voz, la voz de las sirenas, tiene la voz del sufrimiento, una voz quebrada, escuchar la voz interior, escuchar voces... Las preguntas iniciales giraban en torno a si era posible especificar más el carácter de la voz y teclear algo al respecto. El punto de partida tiene que ver con que la voz cobra el carácter de poder separarse del cuerpo. Y claro, Google ha comprendido con precisión este carácter y ha propuesto sus modalidades de almacenamiento y propiedad al respecto más allá de que sea poco claro

a donde van a parar estos restos de voces grabadas. Como no considerar que, en materia de cualquier praxis posible, sea necesario reabrir la pregunta por la voz y profundizar al respecto. La voz no de cualquier modo sino como herramienta de trabajo, una herramienta no ontológica más bien perdida pero que se pone en juego cuando alguien se pone a hablar. Poner a este objeto en el centro de las argumentaciones requiere el interés por no eludir su carácter teórico como arcilla en la praxis psicoanalítica, praxis erotológica.

La voz desde el inicio de las teorizaciones, aunque no siempre a modo de concepto, ha estado enlazada a la angustia como afecto y esa es una consideración ineludible. La lectura lacaniana ha aportado a considerar a la voz como objeto, resto de una operación de sujeto. En este marco, la distinción entre resto y desecho establece, que por un lado, desecho implica el puro pucho, el des-hecho como aquello que ha perdido la cualidad del ser, puro objeto puede decirse. La voz como objeto a tiene otro carácter, y es necesaria la distinción. El objeto a, opera como resto y trae consigo su retorno que aquí ha sido expresado como volver, vuelta a veces espectral y que sitúa una diferencia. De cualquier modo, esa vuelta metonímica corre el riesgo de simplificar la noción de deseo inherente a la praxis del psicoanálisis y en ese sentido es importante no perder de vista su articulación, o encuentro con la angustia como medio. Aquí podría situarse con perspectiva de próximas elucidaciones la pregunta por el goce.

De las caracterizaciones de Lacan respecto de la voz, dos han resultado ineludibles para esta lectura. Por un lado, su carácter no fonematizable que implica que la voz excede su articulación fonemática y conlleva otro registro. La interrogación a este carácter ha llevado a sostener la hipótesis de que para hablar de la voz en psicoanálisis como objeto a es necesario más bien, hablar de voces. Y en este marco ha aportado la distinción aristotélica entre *lexis* y *phôné* donde la *phôné* viene a nombrar la voz no articulada, que timbra la voz y en ella los silencios, que marca la singularidad del tono de un sujeto y los inscribe en un relato de tradición como lo más propio, tan singular que se va con el sujeto.

La segunda línea de pensamiento ha sido su vínculo con el deseo. Si la voz resuena en el vacío, no es en el vacío del espacio, sino en el vacío del Otro. Estas consideraciones han aportado a abrir el interrogante por la voz del analista y su respectivo deseo. Deseo del analista como deseo de separación que es ni más ni menos que uno de los caracteres ineludibles de la voz.

Referencias bibliográficas

Allouch, J. (2009). *El sexo del amo, el erotismo desde Lacan*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.

- Allouch, J. (2010). La invención del objeto a. En: *Me cayó el veinte*. N° 1 Erotofanías.
- Assoun, P.L. (1997). *Lecciones psicoanalíticas sobre la mirada y la voz*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Breuer, J. y Freud, S. (1979). *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cortázar, J. (2006). *Rayuela*. Buenos Aires: Punto de Lectura.
- Gusmán, L. (2018). *Epitafios*. Bahía Blanca: 17 grises editora.
- Kuri, C. y Ritvo, J.B. (1997). *Ensayo de las razones, Acto y argumentación en psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva Ediciones.
- Miller, J.A. (2018). *La angustia, Introducción al seminario X de Jaques Lacan*. Barcelona: RBA Libros.
- Lacan, J. (1986). *Seminario III: Las psicosis*. Buenos Aires: Ediciones
- Paidós. Lacan, J. (2006). *Seminario X: La angustia*. Buenos Aires: Ediciones
- Paidós. Lacan, J. (2019). *Seminario XX: Aun*. Buenos Aires: Ediciones
- Paidós. Lyotard, J.F. (2010). Voces. En *Lecturas de infancia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Porge, E. (2019). *Voz del eco*. Buenos Aires: Letra viva.
- Rinesi, E. (2019). *Restos y desechos*. El estatuto de lo residual en la política. Buenos Aires: Caterna Editorial.